

divinas, mas se confunde con la necesidad irresistible que adquiere más fuerzas á medida que el hombre desarrolló su inteligencia y su corazón, la necesidad de perfeccionarse, y le muestra un tipo de perfeccionamiento: Sé perfecto como tu Padre en los cielos. Ser perfecto como Dios es amar como él; amar á Dios, es decir, la perfeccion, y practicar este amor en todas las relaciones de la vida, hé ahí la religion del que se llamaba el Hijo del Hombre (1).

¿Conviene todavía á la humanidad moderna el cristianismo de Jesucristo? La escuela de Tubinga es una escuela cristiana, y en eso se distingue de Strauss y de los libres pensadores; y aún añadiríamos de buen grado que ese es su título de superioridad, porque no basta al hombre el libre pensamiento, tiene necesidad de la religion; es preciso, pues, que la ciencia se inspire en el sentimiento religioso. La escuela de Tubinga está convencida de que el cristianismo es divino y de que es la religion definitiva de la humanidad.

Idéntica pretension hallaríamos en las diversas escuelas del protestantismo liberal. Mas hay que entenderse en este punto; la gravedad de la cuestion exige que cada cual se explique con entera franqueza. Creemos, por nuestra parte, con Baur, que la esencia del cristianismo es el elemento moral (2); y creemos, además, que toda religion es esencialmente doctrina de costumbres. Ahora bien, entendemos por moralidad esa santificacion interior que vino á predicar Jesucristo. Así entendido el cristianismo es la religion definitiva; pero queda por saber qué es la santificacion del alma. La conciencia moderna no está ya de acuerdo en este punto con Jesucristo. ¿Quién, pues, áun entre los ortodoxos, piensa hoy en observar los consejos de perfeccion que dió Jesus á sus discípulos? ¿Quién

(1) RÉVILLE, *les Origines du christianisme, d'après l'école de Tubingue* (Revue des Deux Mondes, 1863, t. III, p. 120).—ZELLER, *Vorträge und Abhandlungen*, p. 428.

(2) BAUR, *die drei ersten Jahrhunderte der christlichen Religion*, p. 26 y sig.—*Die Tübinger Schule*, p. 30.

vende hoy sus bienes para repartirlos á los pobres? ¿Quién confía su sustento y el de sus hijos al cuidado del Padre celestial, que viste los lirios del campo y procura su alimento á las aves? Ocioso es insistir en probar que nuestra concepcion de la vida no es ya la del Cristo. En este sentido, el cristianismo no puede ser la religion definitiva.

Todavía tenemos que hacer otra reserva. La escuela de Tubinga insiste en el hecho de que el cristianismo de Jesucristo no es una religion dogmática, y halla en su vaguedad una prenda de porvenir. El sentimiento religioso, dice Réville, ama lo infinito, y tarde ó temprano le angustian los estrechos limites de un dogma positivo. ¿Quiere esto decir que en cierto momento se hayan contentado con ese vago infinito los cristianos? No, ciertamente; su creencia ha sido siempre bien positiva. La religion es infinita en el sentido de que cambia incesantemente y de que no se deja aprisionar en fórmulas. Pero ¿se puede concluir de aquí que sea la vaguedad la esencia de la religion? No. Todo lo que rectamente se puede inferir es que la religion es progresiva; mas, en cada edad de la humanidad, debe tener creencias positivas sobre Dios y el hombre. Esta necesidad resalta con evidencia en la misma historia del cristianismo: apenas hubo muerto Jesucristo, cuando San Pablo, el más grande de los apóstoles, formuló un dogma. No queremos insistir por el momento en este punto capital. Volveremos sobre él al exponer las creencias del protestantismo liberal. Ahora vamos á seguir este movimiento en los diversos países donde reina la Reforma. En todas partes hallaríamos los mismos sentimientos, las mismas ideas, no definidas, formuladas, sino en estado de germen más ó ménos desarrollado; y de esas creencias participan los libres pensadores que desertan del cristianismo tradicional; prueba evidente, en nuestro sentir, del trabajo latente que incesantemente se produce en la conciencia humana, y que acabará por conducir á un nuevo cristianismo.

CAPÍTULO II

EL MOVIMIENTO LIBERAL EN LAS IGLESIAS PROTESTANTES.

§ I.—Alemania.

N.º 1.—Los amigos protestantes.

Al pasar del dominio del pensamiento al de los hechos, desalienta á veces el espectáculo de las cosas humanas, pareciendo como que existe un abismo entre la realidad y el ideal. Pero ¿qué importa! Los errores y las decepciones son inevitables en las obras de los hombres; recordemos los comienzos del cristianismo. Cuando se lee la historia sin el prisma de la fe, asombra que del caos de tantas opiniones, de tantas preocupaciones, de tantos errores, pudiera surgir una religion poderosa que ha gobernado las almas durante siglos; sin hablar de las sectas rechazadas por la Iglesia como heréticas, ¡cuánto extravío, cuántas creencias supersticiosas en el seno mismo de la cristiandad ortodoxa! Se puede decir sin exageracion que los primitivos cristianos vivieron de ilusiones: todos, comenzando por los apóstoles, creían en el próximo fin del mundo, y todos esperaban una nueva tierra, nuevos cielos. Y esta creencia de un reino de Dios sobre la tierra regenerada atrajo y sedujo más á las masas que las profecías y los milagros de Jesucristo; ¿qué digo á las masas? Los espíritus más elevados, los discípulos que habían visto al Maes-

tro y que se habían formado con su palabra y con su vida creían en la vuelta del Cristo y en un reino de mil años: San Juan era milenarista; y si hay en verdad alguna locura incomprensible, lo es sin duda el milenarismo. Los cristianos se curaron de esta locura, pero fué para caer en otras nuevas. Los que pretendían practicar la perfeccion evangélica inauguraron las extravagancias del monaquismo; otros introdujeron en la religion cristiana las sutilezas del espíritu griego. De ahí un lujo de dogmas á cual más absurdo: ¡Dios uno en tres personas divinas, el Verbo encarnado en el seno de la Virgen, el Cristo Dios y hombre juntamente, con dos naturalezas y dos voluntades! Pasando revista á las aberraciones religiosas y á las necedades teológicas que tienen su principio en el cristianismo de los primeros siglos, se cree uno en una casa de locos.

No tienen en verdad los ortodoxos autoridad para reprochar á los liberales sus divisiones, sus incertidumbres, sus inconsecuencias, ni siquiera sus extravíos. Cuando se ha creído en el milenarismo, y cuando se cree todavía en el pecado original

ó en la Inmaculada Concepcion de la Virgen, se debería tener más modestia y contentarse con decir que está entregado el mundo á las disputas de los hombres, y que sólo gracias al apoyo de Dios, puede nacer de este torbellino de errores una fe, una religion que, aunque imperfecta, baste para guiar á la humanidad por la ruda senda de su desarrollo. No nos espanten, pues, las inconsecuencias ni los mismos desfallecimientos y caídas que hallemos en el movimiento liberal; que con tal que en él encontremos instintos y sentimientos que la razon acepte, en él podremos resueltamente apoyarnos para seguir nuestra marcha hácia lo porvenir. Apénas si se entrevé en nuestros días la aurora de la futura religion; mas podemos estar seguros de que aparecerá un día á los hombres como un sol radiante que los iluminará y los calentará con un nuevo rayo de la verdad eterna.

La duda, la indiferencia, la incredulidad han invadido tanto el protestantismo como á la Iglesia de Roma: no hay más que una voz en este punto. Un escritor afiliado al movimiento del catolicismo alemán dice que sus compatriotas son de la religion de Goethe y de Schiller, y Goethe era un pagano y Schiller un racionalista. Toda la literatura alemana está imbuida de un espíritu anticristiano, si se entiende por cristianismo la religion ortodoxa, con sus artículos de fe y su Iglesia fuera de la cual no hay salvacion (1). Pues bien, los poetas son los Padres de la Iglesia de los Alemanes; Gervinus lo decía ya en 1845, y diez y seis años despues ha reproducido Döllinger, el profesor de Munich, las mismas palabras, añadiendo que siguen siendo verdaderas, que se mantiene la misma antipatía contra el cristianismo, á lo ménos entre las clases letradas, y que no hay en este respecto diferencia entre los países protestantes y los países católicos. No es la Iglesia de Roma, no es el catolicismo, sino el cristianismo tradicional lo que se combate, ó, por mejor decir, se abandona (2). „¿Qué es la Iglesia protestante?“, exclama un pastor á quien la Iglesia oficial ha excluido de su seno. „Una ficcion.“ Se habla de verdades fundamentales y de hechos esenciales sin los que no hay cristianismo. „Hablad, pues, dice Uhlich, de esos hechos y de esas verdades á oyentes protestantes, y

os dirán: ¿es eso todo el cristianismo? pues entonces no lo queremos; y si no tienen franqueza para decirlo, por lo ménos lo piensan. ¡Hé ahí por qué están vacíos vuestros templos!“, (1).

¿Por qué permanecen estos disidentes en el seno de la Iglesia? ¿Por qué no salen de ella? ¿Por qué no se reúnen para formar el núcleo de una nueva sociedad religiosa? La indiferencia es precisamente quien les impide adoptar ese partido, y á veces consideraciones de familia ó motivos políticos, lo cual prueba que no hay ya fe. Ha habido, sin embargo, pastores y laicos que han intentado constituirse fuera de la Iglesia oficial, bajo el nombre de *Amigos protestantes* (2). Al organizar comunidades libres, declararon que no querían aparecer como miembros de una Iglesia á la cual no pertenecían ya por sus convicciones (3), y no adoptaron ninguna profesion de fe, porque no podían pensar en crear una nueva ortodoxia, cuando se habian separado precisamente de la Iglesia establecida para sacudir el yugo de la ortodoxia. Llámoles por ironía *Amigos de la luz*; mas podían con verdad gloriarse de este hermoso título, porque lo que pedían era libertad, aire, luz, y se ahogaban en los estrechos templos del luteranismo. Los que se afiliaron á los *Amigos protestantes* se reservaban una completa libertad de pensamiento y de fe. Oigamos su manifiesto:

„No creemos en una revelacion inmutable de la verdad absoluta, pero sí en una revelacion sucesiva y progresiva. Veneramos la Biblia y buscamos en ella nuestro alimento espiritual; mas no admitimos que sea una ley para la fe, y ménos todavía nos sometemos á las confesiones y á los libros simbólicos del protestantismo... No queremos Iglesia en el sentido tradicional; queremos sólo formar una sociedad sin otro vínculo que la libertad.“ ¿No se leen en la Escritura, que se pretende convertir en una cadena, estas bellas palabras: „El Señor es el Espíritu, y donde sopla el Espíritu del Señor reina la libertad?“, Confiamos en el espíritu de verdad y de amor, de justicia y de fuerza, que abre la inteligencia y conduce al reino de los cielos, es decir, de la vida verdadera. Ese espíritu es el que animó al Cristo y á todos los bienhechores de la

(1) UHLICH, en BAUR, *Kirchengeschichte des neunzehnten Jahrhunderts*, p. 462.

(2) *Protestantische Freunde, ó Lichtfreunde*.

(3) KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. II, p. 228.

(1) GERVINUS, *die Mission der Deutschkatholiken*, Heidelberg, 1845.

(2) DOELLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 389.

humanidad; y éstos nos inspirarán á su vez, porque viven en nosotros y nosotros vivimos en ellos. Ese espíritu es el alma de nuestras comunidades; y en este sentido, la fe salva, porque nos da la justicia. „Aquellos á quienes anima el Espíritu de Dios, dice la Escritura, son los hijos de Dios.“ Dicho se está que, si se admitía la más completa libertad en el dominio de la fe, con mayor razon reinaba la libertad en el gobierno de las comunidades libres, donde se realizaba la aspiracion de Lutero de que cada fiel fuese sacerdote: „El espíritu inspiraba á todo hombre, á fin de que cada hombre contribuyera al bien de todos“, (1).

No pensaban, como se ve, en un principio los *Amigos protestantes* en separarse del cristianismo; procedían de la Reforma y se inspiraban en la Escritura; y aun habrían querido permanecer en el seno de la Iglesia, como rama del gran árbol, con la esperanza de llevarse consigo las masas y hasta la misma Iglesia. Podría, en verdad, llamarse cristiana una Iglesia aceptando la profesion de fe de Uhlich, uno de los jefes del movimiento. Oigámosle:

„Yo me siento imperfecto. Á pesar de los dones que distinguen al hombre entre todas las criaturas, reconoce cuanto le falta; mas siente tambien la necesidad de llegar á la verdad, á la virtud, á la paz de la conciencia.

„Cuando trato de satisfacer estas aspiraciones, vuelvo siempre al cristianismo y hácia Aquel que es su esencia viva, hácia Jesucristo.

„En Jesucristo reconozco el más grande emisorio de Dios, el hombre tal como se debe ser, el Señor y el Maestro á quien puede entregarse mi alma con plena confianza.

„La historia de su vida es, á mis ojos, cierta en lo que concierne á los hechos esenciales. Tengo fe en él, en razon de la pureza de su vida, de la verdad de su enseñanza, y tengo la experiencia íntima de que siguiéndole, imitándolo, procuro mi salvacion y entro con él en el reino de los cielos.

„Jesucristo me ha hecho conocer que Dios es mi padre, y yo trato de adorarlo en espíritu y en verdad, diciendo como mi Maestro: Hágase tu voluntad y no la mia.

„El Cristo es quien me ha dado tambien una re-

gla de conducta para toda mi vida, para todas mis relaciones, la ley del amor.

„Yo sé por el Cristo que el fin de mi existencia es santificarlo, y yo reconozco que depende de mi aproximarme incesantemente á ese fin, pero sin que pueda jamás alcanzarlo.

„Hombre, soy falible; veo el bien y no lo hago; pero si el arrepentimiento sigue á mi falta, si yo hago esfuerzos para cambiar la mala direccion de mi voluntad, Jesucristo me dice que Dios me perdonará mis pecados.

„El Cristo prometió á sus discípulos que el Espíritu Santo sería con ellos. Este poder divino obra en toda la cristiandad; yo tambien siento su influencia: cuando hago un esfuerzo serio para elevarme á Dios, siento que Dios me ayuda.

„Jesucristo nos anunció un reino de Dios, que se abrirá más allá de nuestra tumba; en él hallaremos un juez que castiga y que recompensa, y ya en esta tierra obra la justicia divina“, (1).

Con razon, pues, decimos que podría un cristiano suscribir esta profesion de fe, que de un cabo al otro respira una profunda veneracion á la persona de Jesucristo; y se debe añadir que el que la escribió era todavía ortodoxo, si no de fe, de sentimiento. Uhlich confiesa que el Cristo es para él un misterio: „¿Cómo, exclama, podía ser el Cristo un hombre como yo y un sér tan puro, tan uno con su Padre celestial! En mis mejores instantes no llego á elevarme á esa altura, y desespero de alcanzarla. Hé ahí por qué no puedo decidirme á decir simplemente: Jesus era un hombre, hombre como nosotros, cuando ninguno de nosotros llegará jamás á igualarlo. Si se me pregunta, pues, quién era el Cristo, debo responder con toda sinceridad que no lo sé; y sólo puedo asegurar una cosa, que hallo en él mi salvador.“ Previendo Uhlich la tacha de inconsecuencia y el reproche todavía peor de la prudencia rayana en hipocresía, responde: „Digase todo lo que se quiera, resulta siempre que cuando mi razon pone al Cristo entre los hombres, me da un mentís mi sentimiento. Hay en eso un enigma cuya clave no hallo“, (2). Nosotros conocemos la clave del enigma: se idealiza la gran figura del Cristo hasta el punto de convertirlo en un sér sobrehumano; durante siglos, la humanidad lo ha

(1) Declaracion del 26 de Setiembre de 1846 (KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. II, páginas 228, 167).

(1) UHLICH, *Bekenntniss* (Leipzig, 1846), p. 6.

(2) UHLICH, *Bekenntniss* (Leipzig, 1846), p. 25.

adorado como un Dios, ella no conocía otro; y nosotros estamos todavía educados en esa creencia, creencia que tiene aún más fuerza entre los protestantes que entre los católicos, porque entre ellos la religión se identifica con el Cristo. De ahí la pena que sienten al desprenderse de los sentimientos que se les ha inculcado desde la infancia; de ahí la tendencia á exaltar por cima de la humanidad al que ya no se puede adorar como Dios; pero que se precavan los protestantes liberales, que precisamente elevando á Cristo sobre todos los hombres es como se ha llegado á hacer de él un Dios.

Los *Amigos protestantes* decían que todos los que creen en Dios, en la virtud, en la inmortalidad son cristianos (1), y con este título pretendían tener derecho á permanecer en la Iglesia protestante. Mas no fué esta la opinión de los consistorios, que excluyeron de la comunión eclesiástica á los *Amigos protestantes* por una especie de excomunión. Entónces se decidieron los disidentes á formar comunidades libres, con lo cual comenzó su decadencia. Están los protestantes tan habituados á vivir bajo la protección de los príncipes, que difícilmente conciben una Iglesia enteramente independiente del Estado y viviendo de su propia vida. Los ortodoxos persiguieron además á sus hermanos cismáticos, suscitando contra ellos el recelo de la policía con sus mil vejaciones, á lo cual hay que agregar la falta del carácter alemán, que un escritor nacional ha llamado *humildad canina*. ¡La "autoridad superior," no aprobaba á los *Amigos protestantes!* (2). Esto fué la señal de una deserción universal. En un primer impulso de sinceridad se habían afiliado muchos á aquel movimiento de libertad; pero se apresuraron á volver á la esfera de la hipocresía legal. La tempestad de 1848 acabó de producir la desbandada; los *Amigos protestantes* pasaron por rojos, socialistas, comunistas, y este fué el golpe de gracia. Con razón se ha dicho que debía haber poca fe en un movimiento religioso que se detuvo ante las pesquisas y las vejaciones de la policía. ¿Contaban acaso los primeros cristianos con el apoyo de los Césares? ¿No fué la sangre de los mártires semilla de la nueva religión? Faltábales, en efecto,

(1) KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. II, p. 169, 170.

(2) «Deutsch Humdsdemuth» (SCHLOETZER).

á los *Amigos protestantes* una condición de vida, la fe; no era una inspiración religiosa lo que había llevado á los *Amigos de la luz* fuera de la Iglesia, como á los herejes de la Edad Media ó como á los reformadores del siglo XVI; la mayor parte eran indiferentes á la fe y permanecieron indiferentes. Con tales elementos no se funda una religión. Había algunos á quienes seducía el atractivo del libre pensamiento; y se llamaban cristianos cuando, en realidad, no lo eran. La profesión de fe de Uhlich que hemos reproducido era cristiana en su esencia; los protestantes liberales de nuestros días no tienen otra; pero bien pronto el panteísmo hegeliano, y tras él la incredulidad, invadieron ese cristianismo poco seguro de sí mismo. Oigamos las últimas confesiones del pastor alemán: el que ántes veneraba á Jesucristo como su Salvador acabó por negar á Dios y por abdicar el mismo nombre de cristiano (1).

En 1859 publicó el pastor Uhlich unas conferencias religiosas, en las cuales dice que la profesión de fe de 1847 no expresa ya sus convicciones ni las de sus amigos. Parecía ya que la Biblia no difiere en nada de los demás libros; Jesucristo no era ya, á sus ojos, un sér misterioso, á la par que hombre superior á la humanidad, y lo pone al nivel de Sócrates. Repudiar la Biblia y no ver en el Cristo más que un hombre, es romper enteramente con el cristianismo tradicional. Quedaban todavía creencias cristianas, un Dios personal y la inmortalidad del individuo; Uhlich las abandona igualmente. En cuanto á la existencia de Dios, declara que la creencia primitiva de los *Amigos* era más de sentimiento que de razón; mas ¿no es la ley de la razón buscar la verdad? En nuestra infancia se nos enseña un Dios fuera y por cima del mundo, un Dios personal; pero á medida que la reflexión se desarrolla, ese Dios se desvanece como una quimera. "Se debe, ante todo, ser sincero, continúa Uhlich. Ahora bien; mi razón no concibe un Dios personal, separado del mundo. Una persona es un sér individual distinto de los otros seres; Dios, como persona, debería, pues, distinguirse del mundo; y, sin embargo, se pretende que está en el mundo. ¿No es esto contradictorio? Se dice, además, que Dios está por cima del mundo; mas cuanto más estudio el mundo, más lo veo lleno de

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 221.

la idea de Dios; no hay lugar para un Dios imaginario fuera de lo que vive en nosotros y á nuestro alrededor. Sólo desde que he renunciado al Dios personal tengo un verdadero Dios en el cual vivo. ¿No es éste el Dios de San Pablo, que está en todo como todo está en él? „El mundo que lleva Dios en sí no tiene comienzo ni fin. ¿Quiere esto decir que los individuos, después de su muerte, continúan viviendo una vida nueva? Mi razón, dice Uhlich, no concibe ese renacimiento. El pastor alemán reconoce que los hombres abrigan la esperanza de una vida futura, y atribuye este sentimiento al imperio de las creencias cristianas. La razón, añade, les enseñará á contentarse con la misión que tienen en esta tierra: seamos hombres, y nos consideraremos dichosos con contribuir al progreso general de la humanidad (1).

Uhlich es una naturaleza recta y sincera, y se le puede, por tanto, creer cuando dice que al abdicar la fe en un Dios personal y en la inmortalidad del alma no ha perdido nada, y que, por lo contrario, ha ganado reemplazando un Dios que nada decía á su inteligencia con un Dios que está en nosotros, un Dios abstracto con un Dios vivo, un Dios imaginario con un Dios en el cual respiramos y vivimos: "Este Dios, dice, es juntamente el Padre de que habla Jesucristo, y nuestra Madre, que nos lleva en su seno, que nos guía y nos cuida.„; ¡Extraño padre un sér que no tiene personalidad! ¡Extraña madre la que no siente que tiene hijos! Así los hijos no se contentarán con semejante madre, y se negarán á reconocer como su padre á un sér que lo absorbe todo, hasta el punto de que sólo él existe realmente. Á decir verdad, esta existencia, que los panteístas tienen por tan viva, no es más que una abstracción; porque no tener conciencia de su vida, ¿es acaso vivir? ¡Se abandona el Dios personal como un sér imaginario, para sustituirlo con lo que hay de más imaginario y más contradictorio!

Que los panteístas se contenten con algunos minutos de vida que el Sér universal les otorgue, lo creemos, pues que lo dicen; pero ¿lograrán siempre acallar el clamor del alma? ¿Será verdad que las reclamaciones importunas de nuestro corazón no son más que una herencia del cristianismo? Cuando un padre ve morir á su hijo lleno de por-

(1) UHLICH, *Religiöse Vorträge in Magdeburg*, p. 26, 39, 40.

venir, ¿se le dirá que esta criatura, nacida para morir, ha cumplido su misión? ¡Habrá, pues, seres que tienen por misión no ser! Porque es no ser no poder desarrollar las facultades que en nosotros existen. Y aún aquél que vive lo que viven los hombres, ¿puede decir que ha cumplido su misión? Siente una necesidad profunda de hacerse perfecto como su Padre celestial, y se reconoce horriblemente imperfecto, aún después de una vida entera consagrada á esfuerzos incesantes por el bien, por la verdad, por la belleza. En medio de este trabajo sin fin muere el hombre, ¡y muere para siempre! ¿Qué decir de los desdichados que son concebidos en el vicio, criados en el vicio y que pasan en el vicio su vida? ¿Se consolarán al morir con el pensamiento de que han cumplido su vocación? ¡Su misión sería, pues, la de facinerosos ó la de seres inmundos! Y nuestras afecciones, ¿no tendrán tampoco más que la duración de un instante? ¡El amor, infinito por su esencia, estará, pues, limitado por la muerte! ¿Y nos consolarémos diciendo que nuestro corazón yerra en lamentarse, que es una preocupación cristiana de que debemos deshacernos? ¿No se dirán los que lleguen á matar esa preocupación que vale más no amar, no sentir? ¿Qué les quedará como fin de la vida? ¿El pensamiento? Pero el pensamiento es también infinito; nuestra razón tiene sed de verdad como nuestro corazón de amor; y ¿qué sabemos al cabo de una vida consagrada á la investigación de la verdad? Sabemos que nos queda todo por saber. Si el trabajo se detiene en la muerte, ¿á qué, pues, comenzar una labor inútil? Así, ni amor ni ciencia. ¿Qué harémos, pues? El pastor alemán responde: practicarémos la verdad, la justicia y la caridad (1). Palabras magníficas, pero que no tienen sentido en su doctrina. ¿Puede haber cuestión de verdad, cuando tenemos sólo un segundo para conocerla; de justicia, cuando no hay vida infinita; de caridad, cuando amar sería un tormento?

No, el panteísmo no llegará á ser jamás la creencia de la humanidad, porque repugna á sus más nobles instintos, á sus más irresistibles necesidades. ¿Quiere esto decir que sea todo falso en la doctrina de los panteístas? Ocasión tendrémos de insistir en la concepción de Dios y de la vida; limitémonos por el momento á rechazar lo que el

(1) UHLICH, *Religiöse Vorträge*, p. 33-35.